

juicio, los errores cometidos por ignorancia o los lapsus por la fragilidad humana no son pecado, siempre que broten de un corazón motivado por el amor. Dios conoce la diferencia entre lo que está motivado por el amor y lo que está motivado por el compromiso o el desafío, y Él nos aclarará esto cuando busquemos Su ayuda.

Los desafíos de la vida diaria ofrecerán muchas oportunidades para que ocurra el crecimiento cristiano después de que seamos santificados. A medida que buscamos a Dios con respecto a cómo manejar los desafíos de la vida, y luego obedecemos Sus instrucciones, nos continuaremos desarrollando en madurez espiritual.

UN RETO

¿Has experimentado la santificación entera? Dios no tiene la intención de que luchemos contra la carnalidad por el resto de nuestras vidas. Él tiene poder para limpiar nuestros corazones y hacernos santos como Él es santo. ¡Con la ayuda y la gracia de Dios, cada uno de nosotros puede tener ese testimonio!

APOSTOLIC FAITH CHURCH

World Headquarters
5414 SE Duke Street
Portland, Oregon 97206 U.S.A.
www.apostolicfaith.org

SP125-0524



El verbo santificar tiene dos significados básicos: "hacer santo o purificar" y "consagrar o apartar de la impiedad y dedicar a Dios." Una persona santificada, entonces, es aquella que ha sido purificada de su vieja naturaleza pecaminosa, está consagrada o apartada para servir a Dios y es santa. La experiencia de la santificación es que realiza esta transformación. Implica tanto dedicar la vida de uno a Dios como la erradicación de la naturaleza pecaminosa.

¿QUÉ ES LA NATURALEZA PECAMINOSA?

Aprendemos en los primeros capítulos de Génesis que aunque Adán y Eva fueron creados con un sesgo o inclinación pura, ellos también tenían libre albedrío. eligieron hacer el mal, y esa elección hundió a toda la humanidad en una condición depravada. Posteriormente, toda persona ha nacido con una tendencia al pecado, denominada intercambiablemente como la "naturaleza pecaminosa", la "naturaleza adámica", la "naturaleza carnal" y la "carnalidad". Lamentablemente, la evidencia de la naturaleza pecaminosa de la humanidad se ve alrededor de todo el mundo.

Además de nacer con una naturaleza pecaminosa, cada individuo eventualmente elige pecar. Mientras éramos pecadores, la naturaleza carnal se manifestó en forma de rebelión, desobediencia, lujuria y otras acciones que desagradaban a Dios. Hubiéramos tenido que rendir cuentas por los pecados cometidos en el Día del Juicio si no nos hubiéramos arrepentido de ellos y obtenido el perdón.

Cuando nos apartamos de nuestros pecados y buscamos la misericordia de Dios, Su Espíritu dio testimonio a nuestros corazones de que fuimos perdonados. ¡Qué alegría llenó nuestros corazones cuando nos convertimos en hijos de Dios! Con esa experiencia de nacer de nuevo, comenzó una vida cristiana. Sin embargo, el sesgo subyacente hacia el pecado—la naturaleza carnal—aún existe después de ser salvos.

EL REMEDIO PARA LA CARNALIDAD

Es imposible conquistar la naturaleza carnal con nuestras propias fuerzas. Luchar contra ese sesgo interno hacia el pecado es como un hombre que trata de salir de las arenas movedizas—cuanto más lucha por liberarse, más se hunde. Su único medio de escape debe venir del exterior, y de la misma manera se necesita de Dios para liberarnos de la naturaleza de pecado con la que nacimos. Solo Él tiene el poder no solo de perdonar nuestras malas acciones pasadas por medio de la salvación, sino también de erradicar la naturaleza carnal.

El remedio para la naturaleza pecaminosa es la experiencia de la santificación, la cual es posible a través de la Sangre de Jesús. Cuando oramos hasta la salvación, recibimos la certeza de que nuestros pecados cometidos fueron perdonados. La santificación es una segunda obra de gracia, instantánea y definida, la cual produce un cambio profundo en nosotros—un cambio que trata con la naturaleza carnal de la cual brotan

los actos de pecado. Cuando experimentamos la santificación, la naturaleza pecaminosa ya no nos domina porque ha sido erradicada.

La santificación no elimina la posibilidad de ser tentado y pecar, así como Adán fue creado en un estado moral puro y, sin embargo, fue tentado y pecó. Las personas santificadas pueden optar por rechazar lo que sabemos es correcto y volver al pecado. Sin embargo, será más fácil resistir la tentación porque la inclinación interior al pecado ya no está.

CÓMO RECIBIR LA SANTIFICACIÓN

No es nuestra culpa el haber nacido con una naturaleza pecaminosa, pero somos responsables de aprovechar el remedio que Dios ofrece a través de la santificación.

La forma en la que una persona se acerca a Dios para la santificación es diferente a la forma en la que se acerca para la salvación. Cuando una persona viene a Dios en busca de salvación, viene sabiendo que ha pecado. Viene arrepentido y pide misericordia y perdón. Por el contrario, cuando el individuo viene a Dios para ser santificado, viene con el reconocimiento de que necesita algo más—la liberación de la naturaleza pecaminosa innata. Tiene hambre de la capacidad de conformarse plenamente a la imagen y naturaleza de Cristo. Viene consagrando, presentando su vida en sumisión total como sacrificio vivo a Dios. Esa es su parte—ceder o apartarse a Dios. Mientras mira a Dios con fe sencilla, creyéndole a Él por

esta experiencia, Dios hará Su parte de purificar su corazón y hacerlo santo.

Una persona sabe cuándo ha recibido la experiencia de la santificación, con la misma certeza con la que supo cuándo fue salvo, aun si no sepa cómo llamarlo en ese momento. El amor divino de Dios inunda su corazón y el Espíritu de Dios da testimonio a su espíritu de que ha sido limpiado.

ADVERTENCIA BÍBLICA

A menudo en las Escrituras, las palabras *santificado* y *santo* son sinónimos. En 1 Pedro 1:15-16, encontramos el mandato: “Sino que como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.” Es la voluntad de Dios que Sus seguidores sean santificados. En Juan 17:17, Jesús oró para que Sus discípulos fueran santificados, diciendo: “Santícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”.

En 1 Tesalonicenses 4:3, el apóstol Pablo les dijo a los creyentes en Tesalónica: “Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación . . .” En el versículo 7, continuó diciendo, “Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación”. Al final de su epístola, oró para que los tesalonicenses recibieran esa experiencia, diciendo, “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro

Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.”

SEGUIR CRECIENDO ESPIRITUALMENTE

El significado de las palabras por completo en 1 Tesalonicenses 5:23 es “enteramente”, y es por eso que la experiencia de la santificación a veces se denomina “santificación entera”. No hay ninguna implicación de que Dios santificaría a los creyentes de Tesalónica en parte y luego más a medida que avanzaban. La experiencia de la santificación es entera; es completa. La santificación entera no es gradual ni progresiva. Debemos experimentar esa llama purificadora para que la naturaleza carnal sea erradicada.

Sin embargo, todavía hay una necesidad de crecimiento espiritual después de haber sido santificado. Como individuos santificados, nos hemos dedicado por completo a Dios, por lo que tenemos un profundo anhelo de pureza en espíritu, alma y cuerpo, y con gusto nos alejamos de todo lo que pueda contaminar. La santidad interior también motiva el deseo de hacer siempre lo correcto. No obstante, seguimos siendo humanos. Mientras que se ha eliminado la naturaleza del pecado, la experiencia de la santificación no resulta en la perfección absoluta en el mismo sentido en que Dios es absolutamente perfecto. La experiencia de la santificación no elimina las limitaciones y fragilidades que acompañan a la humanidad; somos hechos moralmente perfectos, no mental, física o emocionalmente perfectos.

La falta de experiencia, la falta de información adecuada o el mal juicio pueden hacer que los creyentes santificados a veces tomen decisiones menos que perfectas. Ocasionalmente podemos exhibir un grado de impaciencia, tal vez como resultado de la falta de descanso adecuado, estrés acumulado o enfermedad. Si la santificación hiciera a las personas perfectas en el sentido absoluto, nunca cambiaríamos de opinión, ni combatiríamos los pensamientos seculares durante los servicios de adoración, ni tendríamos necesidad de disculparnos.

La justificación y la santificación establecen una condición en la que deseamos corregir las deficiencias. Una vida victoriosa no se indica la ausencia de fallas o debilidades humanas, sino el hecho de que tenemos el poder y la gracia de tomar medidas para corregir cualquier comportamiento que no cumpla con lo que Dios desea de nosotros. Tenemos una sensibilidad que nos motiva, por ejemplo, a ofrecer una disculpa cuando es debido. En nuestro deseo de agradar a Dios, confesaremos libremente nuestras deficiencias a Él y a nuestro prójimo según sea necesario. Ese espíritu de sensibilidad es la perfección cristiana en acción.

Esto no quiere decir que Dios nos permita excusar, racionalizar o ignorar el comportamiento pecaminoso. Los pecados son transgresiones deliberadas de lo que sabemos que es la voluntad de Dios para nuestras vidas, y el pecado requiere arrepentimiento. Sin embargo, los errores de